

Alejandro Dolina

Cartas marcadas

En colaboración con Martín Dolina

Alejandro Dolina

Cartas marcadas

Colaboración: Martín Dolina





Capítulo 1

El disfraz en Chang An

Relato chino a manera de prólogo

La dinastía Han favoreció el estudio de la magia, la metalurgia, la sismología y el arte de las adivinanzas.

En la pequeña ciudad de Po, no lejos de la capital imperial de Chang An, las personas se adiestraban desde la infancia en todos los procedimientos del disfraz. Los sastres, escultores y constructores de figuras de papel eran capaces de reproducir con la mayor perfección cualquier planta, animal u objeto de la naturaleza. Asimismo, los bailarines, actores, ministros, y aun los campesinos, imitaban con prodigiosa exactitud los movimientos, las palabras y los sonidos de los diez mil seres del mundo. Durante las fiestas del Sol Cercano, en la mitad del año, había una jornada en la que todos fingían ser otro. El gobernador adoptaba el aspecto del humilde barquero, las princesas se hacían pasar por prostitutas, el vendedor de limones era el director de la escuela de funcionarios, el viejo mendigo era el vigoroso acróbata.

Todos aprovechaban su paso momentáneo por otras identidades para cometer excesos y atropellos que no podrían lue-

go serles imputados. Es que los disfraces no eran meras caricaturas sino representaciones del más minucioso realismo. Además, el regreso a las personalidades primigenias se cumplía en soledad y en la alta noche, de modo que nadie sabía quién había sido quién durante aquellas fiestas.

Con los años, vino a suceder que los disfrazados prolongaban su impostura más allá de los días establecidos y se entretenían en ocupar ajenos destinos en cualquier momento del año. Poco a poco, el ser alguien con un nombre y una ubicación previsible dejó de tener importancia. Al fin y al cabo, cualquiera podía ser cualquiera y fue creciendo una idea de noble inspiración filosófica: no es necesario cargar con el pasado. En una comunidad de identidades mutables el pasado no es personal sino colectivo. Los sujetos son inconstantes y no puede caer sobre ellos ni el castigo, ni las deudas, ni las herencias, ni la nobleza, ni la lealtad.

Tal como cabía esperar, la ausencia de responsabilidades produjo la degradación de las costumbres. Algunos funcionarios y militares advirtieron que la ciudad, y aun el imperio, estaban en peligro si se persistía en aquella insujeción. Pero cuando quisieron prohibir los disfraces, o imponer leyes severas, observaron que su autoridad era cuestionada y descubrieron que la mayoría de los funcionarios y militares eran en realidad personas de otros oficios y clases que se encontraban casualmente usurpando la autoridad.

Famoso es el poema del general Li, o acaso del trovador Po Chang.

*Yo, el general Li, que he sido enviado
Por el Hijo del Cielo a estas regiones*

*A restituir áureas jerarquías
Quise volver al premio y al castigo
Y al regreso de idénticas caricias
Al lecho persistente y respetado.*

*Pero cuando avanzaba enarbolando
El bastón de la Ley de esta provincia
A la luz repentina de un recuerdo
Vi que no era un bastón sino una flauta
Lo que mi mano joven sostenía
Y vi que no era yo, Li el delegado,
Sino Po Chang, el trovador borracho
Que se burla del Cielo y de la Vida.*

*Volví entonces al vicio y al pecado
Y mientras vomitaba en la taberna
Otro general Li y otros soldados
Me encerraron en una oscura celda
Que al rato fue jardín y después campo
Y calle, y río, y cielo, y lecho, y nada.*

Durante el esplendor de la ciudad de Po, actores piadosos se propusieron tomar el lugar de personas que habían muerto. Al principio sustituían a los fallecidos recientes, con tanta premura que los familiares del finado ni se enteraban. Más tarde intentaron el regreso de los antepasados. Padres, abuelos y tíos volvían a las casas familiares con el esplendor de su edad más gloriosa. Como podrá entenderse, la emoción de los parientes no era mucha, o en todo caso era fingida, ya que el lugar de los deudos estaba ocupado por personas extrañas.

Un día, las autoridades de la capital resolvieron emplear todo el rigor del poder en la ciudad de Po.

El príncipe Wu, heredero del trono, al mando de cinco mil soldados, se presentó con gran aparato de tambores, trompetas y estandartes.

Todos se alojaron en un lujoso palacio. Las puertas estaban rigurosamente vigiladas para impedir que se filtraran disfrazados locales en la delegación de Chang An. Sin embargo, a los pocos días, el príncipe ordenó a sus mayordomos que condujeran ante su presencia a la mujer más hermosa de la ciudad de Po, con el fin de saciar su lujuria. Muy pronto los servidores arrastraron hasta sus aposentos a Ta-Sing, una joven aristócrata a la que todos consideraban la más bella. Una vez cumplidos los trámites amorosos ella le juró que era la única persona en la ciudad que nunca se había disfrazado, pues creía que cada ser era único e irremplazable y que hasta el más humilde tiene una función precisa en el plan de los dioses. El príncipe le creyó y le prometió que al día siguiente ordenaría a todos los habitantes de la ciudad que regresaran a su entidad original, con sus correspondientes nombres, domicilios y oficios.

Hay que decir que aquella orden casi no pudo cumplirse: nadie recordaba el turno de las distintas personas que había sido. ¿Cómo saber si el comerciante precedió al bombero o si el adiestrador de peces vino después del orfebre?

Pero además del olvido, el pueblo no deseaba interrumpir la serie de sus disfraces. Y hubo una conspiración. Una noche, mientras el príncipe honraba el delicioso cuerpo de Ta-Sing, un grupo de rebeldes tomó la apariencia de su guardia personal y lo tomó prisionero. Enseguida, uno de los sediciosos ocupó su lugar. Se trataba del joven capitán Ho-Chi, o tal vez de su padre el coro-

nel Hi-Chi, aunque algunos prefirieron creer que era Li Chan Po, un marino del Yang Tzé. Este hombre revocó las órdenes, dispuso la ejecución de los soldados de Chang An y marchó él mismo a la capital escoltado por una muchedumbre de disfrazados.

Allí nadie advirtió la impostura, ni siquiera el propio Hijo del Cielo, cuya sagacidad es ley de la naturaleza. El falso príncipe Wu y sus secuaces informaron que la ciudad de Po había retomado la vieja regularidad de un destino por persona y sugirieron que —a modo de premio— se eximiera a aquella población de todo tributo o impuesto imperial. El emperador accedió a tales solicitudes sin objeción alguna.

Mientras tanto en la ciudad de Po, quien fuera antes el príncipe Wu era ahora un sirviente, casi un esclavo, que cumplía las más deshonorosas comisiones. A menudo lo azotaban, especialmente cuando trataba de dar órdenes a los oficiales que lo cruzaban en la calle. Así pasaron años, hasta que un día, ya como mendigo, se encontró con la hermosísima Ta-Sing.

—Oh, tú, que viviste noches memorables desordenando mi lecho de príncipe. Reconóceme en virtud de tu amor y dile a todos que cada uno es el que es y que la Máscara sólo engaña a la percepción banal de los necios.

Ella le respondió con desdén.

—Aléjate, oh, tú, habitante de esta ciudad de gentes fugaces. El príncipe cuya fogosidad aún conmemoran mis entrañas está en la capital y pronto volverá para cumplir los designios de los dioses.

El mendigo tomó la mano de Ta-Sing y le dijo:

—Ahora sentirás la energía que sólo prospera al contacto con la persona amada. ¿Sientes mi amor? ¿Oyes el rumor de mi sangre torrentosa?

—No. No siento nada.

Pasaron los años. El emperador murió. Ho-Chi, o su padre Hi-Chi, o el marinero Li Chan Po se sentaron en el trono del celeste imperio. La dinastía Han extendió su poder a través de gobernadores y funcionarios disfrazados hasta que toda la China fue territorio de imposturas. Una tarde, Ta-Sing llegó hasta Chang An y pidió ser llevada ante el Hijo del Cielo. Luego de meses de antesalas fue conducida a los salones privados del emperador y, después de las prosternaciones legales, dijo:

—Soy Ta-Sing, la que te amó en Po. La que cree como tú que no se puede ser otro. ¿Me reconoces?

El emperador respondió:

—No. Nadie recuerda lo que sucedió hace tanto tiempo. El universo es creado cada cinco minutos.

Ta-Sing regresó a Po y, ya perdida su fe, dejó que el tiempo y el destino la convirtieran en otras personas.



Capítulo 2

Advertencia de los editores acerca del *Libro de Raziel*

Sirvan estas cautelosas palabras para señalar al lector sensato la conveniencia de desconfiar de los libros que revelan secretos mágicos. Por lo general, tales obras resultan más satisfactorias para el honesto rastreador de desatinos que para el aspirante a la Gran Sabiduría. El tedio llega mucho antes de que cualquier asombro y poca o ninguna ciencia se vislumbre tras la fronda de intimidaciones, alegorías y afectaciones del discurso. Con toda frecuencia, se incluyen amenazas y maldiciones para indicar enfáticamente que la lectura de tales páginas está rigurosamente prohibida.

Siempre se hallan cerca de esta biblioteca sujetos como Cagliostro, el conde de Saint Germain, San Alberto Magno, Nicolás Flamel y otros falsos profetas.

En esta novela se habla con frecuencia del *Libro de los 10.000 Sabios* o *Libro de Raziel*. Al principio de nuestro trabajo dimos en sospechar que tal libro no existía y que su fortaleza residía precisamente en la imposibilidad de someterlo a cualquier refutación. Unas pocas páginas que llegaron a nuestras manos

bajo la forma de fragmentos rescatados de una supuesta catástrofe hicieron retroceder un paso nuestro escepticismo.

Según los escritos, Raziél, el más temible de los arcángeles, es el autor del *Sefer Raziél HaMalach*. Allí está anotado todo el conocimiento celestial y terrestre. Se dice que Raziél estaba cerca del trono de Dios y escuchaba todo lo que allí se decía.

Cuando Adán y Eva fueron expulsados del jardín del Edén, Raziél les dio su libro para que pudieran comprender mejor a Dios. Se dice que algunos ángeles escandalizados robaron el libro y lo tiraron al mar. Sin embargo, Rahab, el demonio primordial de las profundidades, lo devolvió a Adán y Eva.

De ellos pasó a su hijo Set. Él mismo agregó textos al libro original y lo entregó luego al arcángel Rafael. Tiempo después el *Sefer Raziél* fue facilitado a Noé para que aprendiera las ciencias indispensables para construir el arca. Más tarde, el libro pasó a Salomón, quien obtuvo allí sus extraños conocimientos. Después desapareció por largo tiempo.

El *Zohar*, la obra principal del misticismo judío, asegura que en medio del *Libro de Raziél* hay una escritura secreta donde se explican las mil quinientas claves para revelar el misterio del mundo. Parece que los textos estaban escritos en un código secreto, ni siquiera comprendido por los ángeles más importantes.

Hay que decir que, según la tradición precristiana, Dios entregó al arcángel no uno sino dos libros. El primero era el *Sefer Raziél*. El otro era la Torah, o *Ley de Dios*, o *Pentateuco*, el mismo que después recibió Moisés en el monte Sinaí.

Es relativamente sencillo conseguir copias en hebreo y arameo, o las traducciones al latín que fueron encargadas por Alfonso, el sabio.

El libro que Raziel entregó a Adán explica los secretos del ser humano, las claves de la astrología, el significado de los planetas en el sistema solar y su influencia sobre la Tierra. También enseña a aprovechar la energía que se encuentra en el cuarto mundo espiritual. Se explica asimismo la cuestión de la vida eterna, la reencarnación de las almas, la naturaleza de los ángeles temporales (que tal vez son pájaros) y otros muchos asuntos.

Pero el *Sefer Raziel* siguió recibiendo agregados después de las primeras anotaciones de Set, o de Enoc, o del propio Caín. Poco a poco fue convirtiéndose en un tratado de magia, muchas veces degradado con fórmulas caseras y vanos grimorios.

El docto Lope de Barrientos en su *Tractado del divinar* recomienda quemar el libro, y muchos afirman que esa recomendación fue cumplida.

¿Es este libro el que buscan los personajes de nuestro relato? Tal vez no. O tal vez el libro original ha sido sepultado por una nueva sabiduría sobreviniente y cruel que tiende al palimpsesto y que no vacila en escribir signos toscos sobre antiguas delicadezas filigranadas.

Para los adeptos a la alquimia y a la magia, la ciencia no progresa sino que es un fuego en extinción que ardió intensamente en la Antigüedad y va encontrando, poco a poco, con fatalidad termodinámica, el equilibrio de la ignorancia. El *Libro de los Secretos* no participa de estas nostalgias. Uno de sus rasgos principales es que se está escribiendo continuamente e incluso permite la tardía incorporación a su cuerpo de fragmentos de otros libros ilustres y antiguos. Los pretendidos exégetas dicen haber reconocido el olor del *Libro de Toth*, de los oráculos que la Sibila de Cumas quemó frente al rey Tarquino, de seis

pergaminos nórdicos enterrados en Groenlandia, del catálogo de la biblioteca de Nínive y de más de doscientos rollos provenientes de casi todas las bibliotecas incendiadas de la historia de la humanidad.

Enseguida nos sale al paso la idea de un crecimiento ilimitado de la obra, lo que, si bien se mira, conduce también a un desorden entrópico que debe entenderse como un fracaso final.

Anotaremos otros datos:

El *Libro* se ha perdido y recobrado varias veces. Se cree que fue robado al sacristán de Santa Sofía en el año 776 y que no reapareció hasta 1307 en París. También estuvo extraviado durante todo el siglo XVII hasta que alguien lo salvó de la inundación en Florencia. Cada extravío y cada recuperación están prolijamente consignados en agregados posteriores. Pero algunos sospechan que no siempre se recupera el mismo volumen que se pierde. Así, la casualidad interviene en el crecimiento del libro.

Esto contradice abiertamente unas solemnes declaraciones del capítulo primero en el que se advierte, en perfecto latín, que cada palabra ha sido elegida por altas inteligencias. Los comentaristas han despejado esta aparente incongruencia prometiendo que hasta el poeta más calculador deja que el azar construya algún verso.¹

Se sabe que el libro transmite poder pero involucra a los sucesivos poseedores en una intriga a través de los siglos. Por

1. Marco Ferenzky sostenía que el Creador del universo, harto de tomar decisiones en asuntos que le daban lo mismo, dejaba que los elementos se arreglaran solos sin órdenes ni recomendaciones. A decir verdad, Ferenzky creía que todos, incluido Dios, eran como él.

tratarse de una obra aún no terminada nadie puede comparar hasta que no haya sido escrita la última letra, hasta que no haya sido realizado el último procedimiento, el último gesto, la última corrección.

Debemos comunicar ya mismo que hay quienes conspiran y trabajan en la sombra para evitar que el *Libro* alcance su plenitud. Algunos hablan de una antigua hermandad de membresía hereditaria que tiene por objeto la degradación de la obra. Estos enemigos sombríos han destruido capítulos enteros, pero también han falsificado, han tachado, han agregado incisos perversos y han hecho burla de revelaciones solemnes con supuestas refutaciones escritas en los márgenes.

Los conspiradores están en permanente actividad. Cada tanto roban, sustituyen o interpolan.²

A falta de una descripción satisfactoria de este libro que no poseemos, nos limitamos a anotar los asuntos tratados en capítulos que no son centrales y que evidentemente han sido agregados a favor de la hospitalidad temática de la colección:

- Explicación del huang-ching-pu-nao, la célebre técnica sexual taoísta que permitió al emperador Amarrillo complacer a mil doscientas concubinas sin resentir su salud.
- Relato de un poeta celta muerto durante sus pruebas de iniciación.
- Dificultades jurídicas de la resurrección. Anulación de herencias y restitución de los bienes del finado.
- Instrucciones para convertirse en pájaro.

2. En realidad, esa tarea de degradación del texto se extiende también a esta novela (nota de los conspiradores).

- Localización exacta del punto denominado p`ing-i, en la cercanías del pezón derecho, cuya manipulación conduce a la mujer al goce y al hombre a la inmortalidad.
- Censo de inmortales de Europa en 1604 y actualización de 1701.
- Secretos de la equitación erótica.
- Dificultades en la aplicación del ch`ang-sheng pu-zsu o *Vida perdurable sin muerte*.
- Fuentes de la juventud en la ciudad de Barcelona.
- Filtros mágicos suaves para mujeres fáciles.
- Historia de las expediciones navales ordenadas por Shi Huang Ti en busca de los duraznos de la inmortalidad en el siglo III antes de Cristo.
- Trampas para cazar al ave Fénix.
- Textos escritos por Virgilio en 1530: la decadencia de un poeta después de muerto.
- Magia sexual: el beso de la inmortalidad.
- Instrucciones para cruzar el puente Chinvat, que pasa sobre los abismos infernales y es ancho para los piadosos pero estrecho para los malvados.
- Consejo para resucitados. Los momentos más convenientes para resucitar: no demasiado cerca ni demasiado lejos de la muerte.
- Ilustraciones y explicación de ciento cuarenta y siete juegos sexuales.
- El culto de Mitra y su ventaja con respecto al cristianismo.

Al terminar nuestro trabajo, los editores hemos sentido la fuerte tentación de creer que el libro es alguna otra cosa: una prerrogativa, un vínculo de familia, un proceso de la natura-

leza, una estructura de poder, un mapa de los destinos humanos. El alquimista Marco Ferenzky se burla expresamente de esta clase de intuiciones y sostiene que todos los libros son esas cosas y también muchas otras. Acaso el *Sefer Raziel*, o como quieran llamarlo, aspira, por acumulación de argumentos, a demostrar que vivir tiene sentido, que hay unas conductas preferibles a otras, que hay un Plan noble y que es venturoso su cumplimiento.